

ISABEL KEATS

En un Rincón
perdido
del
Mundo



Max necesita alejarse de la ajetreada vida social de Manhattan y buscar un rincón solitario donde componer la banda sonora que le han encargado, y ¿qué mejor lugar para ello que el pueblecito de Teruel donde vivía su abuela, a la que nunca conoció?

En efecto, en Santa Olaria de la Mata no parece que vaya a haber demasiadas distracciones; la media de edad de su escasa docena de habitantes es de unos setenta años, no hay internet y ni siquiera llega la señal de televisión. Además, el pueblo suele quedar incomunicado en los meses más duros del invierno. Lo último que espera Max es encontrar al amor de su vida en ese rincón perdido del mundo, pero cuando se da cuenta del peligro que corre, ya es demasiado tarde para escapar.

¿Quién podría imaginar que encontraría el amor en un lugar en ninguna parte?

Índice de contenido

Cubierta

En un rincón perdido del mundo

Dedicatoria



Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora

*No hay pueblo español, chico o grande, que no
encierre una enseñanza.*

Azorín



El resplandor de un potente relámpago iluminó con un centelleo siniestro los rostros de los conspiradores y el retumbar del trueno que lo siguió casi al instante acentuó todavía más el silencio pastoso, casi tangible, que volvía claustrofóbica la atmósfera de la habitación.

—¡Ha llegado el momento de jurar!

La voz, similar a un trompeteo de ultratumba, rompió de repente ese silencio haciendo que varios de los allí reunidos dieran un violento respingo.

—¡Pero eso es pecado!

—¡Tú calla!

La mujer que parecía llevar la voz cantante levantó la mano derecha con gesto solemne.

—Juro que llevaré nuestro plan hasta las últimas consecuencias y, para ello, no dudaré en hacer lo que sea necesario.

—¡Juro!

—¡Juro!

Uno por uno —algunos con más convicción y de modo más inteligible que otros—, todos levantaron la mano y juraron.

Justo en ese momento, un trueno ensordecedor aún más potente que el anterior hizo vibrar los cristales empapados de las ventanas.

1

Dos semanas antes...

En cuanto el primer rayo de sol se coló por la ventana de su dormitorio, Hada se desperezó y su boca se abrió en un enorme bostezo. Todavía medio dormida, se puso una chaqueta de lana sobre el pijama y bajó a la cocina donde su abuela ya tenía en marcha el desayuno.

—Otra vez descalza. —Su abuela la miró con desaprobación mientras le llenaba el tazón de leche—. Un día de estos vas a coger una pulmonía que será tu muerte.

Su abuela llevaba con la misma cantinela desde que se fueron a vivir al pueblo cuando ella tenía cuatro años y, como acababa de cumplir los treinta y tenía una salud a prueba de bombas, Hada estiró una mano para coger un «Suspiro de amante» recién hecho, nada preocupada por la recurrente profecía.

—Ya sabes que nunca me pongo mala, Aba —dijo con la boca llena del delicioso dulce de queso—. ¡Mmm! Este año fijo que vuelves a ganar el premio de repostería; cada día te salen más ricos.

—¿Tú crees? He puesto dos nueces de mantequilla en vez de una y media, pero no sé sí...

—Sí —la interrumpió su nieta—. Definitivamente sí.

Hada apuró la leche que quedaba en el tazón y llevó los cacharros al fregadero de piedra.

—Deja, ya lo hago yo.

—No tardo nada, Aba.

—Siempre tienes que salir corriendo. —Su abuela la hizo a un lado sin contemplaciones y siguió ella fregando los cacharros.

—Es Benita, estoy casi segura de que hoy se pondrá de parto y ya sabes que tiene un canal muy estrecho.

—¡Estrecho! —repitió su abuela con desdén—. Lo que pasa es que es una gorrina tan mimada, que le gusta llamar la atención hasta en eso. No sé en qué está pensando María, consintiéndola de esa manera.

Su nieta se rio y volvió a subir la escalera de dos en dos. Se oyó correr el agua en el cuarto de baño y, diez minutos después, volvió a bajar vestida con unos vaqueros desgastados y un jersey grueso de lana de colores chillones. A toda prisa, se calzó las botas de goma que estaban junto a la entrada, que había limpiado con cuidado la noche anterior. Como todas las mañanas, había intentado domar los rebeldes rizos rubios con un poco de agua pero, como todas las mañanas también, había fracasado.

—No te olvides de echarle un ojo a Blanquita para que no haga de las suyas. Ayer estaba tranquila, pero ya sabes cómo se pone cuando está preñada y aún faltan varios meses hasta que la pueda devolver junto a sus compañeras.

—Esa cabra maligna va a ser mi muerte. —Su abuela se llevó una mano al pecho con expresión dramática.

Hada soltó una risita.

—Adiós, Aba. —Le dio un beso en la mejilla, cogió el pesado maletín que había junto al perchero de la entrada, se lo colgó en bandolera y salió disparada.

El pueblo de Santa Olaria de la Mata estaba situado en un pequeño valle atravesado por el río Guadalaviar y apenas constaba de una veintena de casas, varias de ellas en estado de ruina o semirruina. Hada inspiró con deleite el aire gélido y aromático y caminó a paso ligero por el pavimento de cantos rodados —que estaban resbaladizos por el rocío de la mañana— hasta llegar a una casa que quedaba a menos de quinientos metros de la suya. En cuanto lle-

gó, golpeó la puerta con la pesada aldaba de hierro y entró sin esperar respuesta.

—¡Marta! ¡María! ¡Ya estoy aquí!

Fue Marta, la melliza que presumía de ser la mayor por haber nacido un par de minutos antes, la que salió a recibirla secándose las manos en el delantal que llevaba sobre la vieja falda de lana azul marino.

—¡Por fin has llegado, majica! No sabes el barambán que ha montado la tonta de la María.

—¿Va todo bien?

Su interlocutora se encogió de hombros.

—Mejor echamos un ojo. Desde ayer, esa no se ha movido del establo. Se pone como loca con la gorrinica, *ca-güenlá*.

El establo estaba en la parte trasera de la casa y, en cuanto entraron, fueron recibidas por un intenso olor a estiércol y varios gruñidos agónicos.

—¡Niña! ¡No te he sentido venir! ¡Menos mal que ya estás aquí, majica! —María se abrazó a ella con ojos llorosos—. Le dan unas garrampas terribles, se nota que sufre *mu*ito.

—Tranquila, María. Ya verás como todo sale bien.

—¡*Ahivadeahí!* —La apartó su hermana con impaciencia—. No sé qué te ha dado con la dichosa gorrina, ni que fuera tu hija.

Hada caminó hacia la vieja cerda que, tumbada en un rincón del establo, gruñía desesperada y observó con satisfacción que alguien había extendido sobre el suelo un lecho de paja fresca. Con las dos voluminosas moñas de satén colorado en las orejas, el animal tenía un aspecto peculiar.

—Tampoco sé *pa* qué le pones esas moñas, que da penica verla —dijo la hermana mayor como si acabara de leerle los pensamientos.

—¡No da penica! A Benita le gusta estar guapa.

Hada suspiró mientras pensaba, como había hecho tantas veces, que era increíble que dos hermanas mellizas fueran tan distintas. Una alta, corpulenta, mandona y discutiadora, y una fiera en todo lo referente al orden y a la organización. La otra, en cambio, era delgada, bajita, tímida e insegura, olvidadiza y soñadora. Marta y María. Sus padres habían dado muestra de un sexto sentido al bautizarlas.

—No discutáis. María haz el favor de sujetarla.

Con delicadeza, procedió a examinar a la cerda mientras María, con los brazos en torno al cuello del animal, no paraba de susurrarle palabras tranquilizadoras al oído.

—Ya está —dijo Hada, por fin, al tiempo que se quitaba los guantes.

—¿Qué tal pues? —María levantó la cabeza que había apoyado sobre el cuello del animal y la miró temerosa.

—Tan bien como cabía esperar. No creo que esta vez vaya a tener más de tres o cuatro lechones, lo cual es positivo. Eso sí, me temo que este tendrá que ser el último parto de Benita.

—¿Ves? —Su interlocutora se volvió hacia su hermana con expresión acusadora y los labios temblorosos—. Te dije: «No dejes que el gorrinico de Primitivo la cubra». Y tú: «Que sí». Y yo: «Que Benita no tiene edad *pa* estas cosas». Y tú: «Que sí y que sí».

—¡Cóoo! —la acalló la melliza más alta con desdén—. Nos vienen bien los lechoncicos. Uno *pa* nosotras y los otros *pa* vender.

—Benita está a punto, así que Marta, por favor, llévate a tu hermana y que se tome una tila.

—Benita prefiere que yo me quede y...

Marta puso los ojos en blanco.

—¡Qué tú ni que tú! Deja a la niña tranquila, si no, la pondrás de los nervios como haces con yo. ¡Hala, tira!

Las dos hermanas se marcharon discutiendo y Hada se quedó a solas con la sufrida Benita. Dos horas y media más tarde, tres lechoncitos, ya limpios y secos, tironeaban ansio-

sos de las mamas de su madre mientras Hada, cansada y con los rizos húmedos de sudor, contemplaba a la feliz familia con una sonrisa maternal. Más tarde, limpió los restos del parto, desinfectó el instrumental y cerró la puerta del establo con cuidado al salir.

Las mellizas la esperaban en silencio, sentadas en la mesa de la cocina. Tapados con unos pañitos de ganchillo, para evitar que las últimas moscas de la temporada se dieran un festín, había varios platos con queso, embutido, mantequilla y unas gruesas rebanadas de pan. Como de costumbre, Marta, que era incapaz de estar sin hacer nada, mataba el tiempo de espera tejiendo unas polainas de lana negra —siempre el mismo modelo y el mismo color— que tanto ella como su hermana se ponían en cuanto empezaban los primeros fríos. María en cambio, jugueteaba con el asa de la taza de café —que hacía horas que se había quedado helado— con la mirada perdida. En cuanto Hada entró, se puso en pie y corrió hacia ella retorciéndose las manos.

—¿Qué tal pues? Has tardado *mucho*. ¿Cómo está Benita?

—Benita ha parido tres lechones y todos están perfectamente.

La melliza más baja la abrazó con fuerza antes de salir corriendo en dirección al establo para comprobarlo. Hada se dejó caer en una silla frente a Marta y, sin más ceremonias, alargó la mano para coger una cuña de queso que colocó sobre un trozo de pan y le dio un buen mordisco.

—Acabo de desayunar, pero estoy hambrienta otra vez —dijo a modo de disculpa.

—Normal. Tú come, majica, que, como siempre le digo a tu lola, estás muy chicona; un día te arrastra el aire y no te vemos más.

Su anfitriona le sirvió café y la contempló con expresión benevolente mientras Hada comía con su apetito habitual.

María regresó poco después con una enorme sonrisa que dejaba ver la ausencia de un par de muelas en el maxi-

lar superior.

—Qué haríamos en este pueblo sin ti, niña. —Se inclinó sobre Hada y volvió a abrazarla.

Luego se incorporó y, con recobrada vitalidad, corrió a vaciar su taza en el fregadero, cogió el asa de la anticuada cafetera de hierro que mantenía el calor sobre la vieja estufa de leña con un extremo del delantal y la relleno de café caliente. Volvió a sentarse a la mesa y, esta vez sí, untó una rebanada de pan con una gruesa capa de mantequilla fresca y mermelada, y empezó a comer con ganas.

—Le iba a contar a la niña lo de la casa de la Maxi.

—Ah, sí, *pa* no creer. —María asintió con la boca llena —. ¿Sabías qué...?

—¡Coooo, yo se lo cuento!

La melliza más joven se encogió de hombros mientras concentraba su atención en una gruesa loncha de chorizo.

—¿Siguen las obras? —preguntó Hada con interés.

En los últimos tiempos había tenido mucho trabajo por culpa de un brote de brucelosis que estaba afectando a la cabaña porcina de la comarca. Salía del pueblo en su vieja *pick-up* azul —una Toyota Hilux de los años setenta— a primera hora y cuando regresaba, ya anochecido, solía estar tan cansada que apenas tenía fuerzas para intercambiar unas cuantas palabras con su abuela mientras cenaba y enseguida se iba a acostar.

—Han terminado de retejar y me ha dicho el que manda que ahora están con la electricidad. El otro día nos tiramos charrando un buen rato y ya lo sé *to*.

Hada asintió. No lo dudaba. Para Marta, charlar con alguien un buen rato equivalía a someter a esa persona a un exhaustivo interrogatorio. Era lo que tenía vivir en un pueblo que no alcanzaba la docena de habitantes durante el invierno; nadie dejaba escapar una buena oportunidad de enterarse de cotilleos frescos.

—Con el que manda —aclaró sin necesidad su hermana con la boca llena.

—Con el que manda, claro, ¿con quién si no pues? Habla bien el castellano, aunque tiene un deje raro, de por ahí lejos...

—¿De Valencia?

—No, tonta. —Marta movió la cabeza, impaciente—, de *mucho* más lejos; de las Américas por menos.

—Ah. —María abrió mucho los ojos, pero, sin hacerle caso, su hermana mayor siguió con la historia:

—Ya sabéis que la Maxi y yo nunca fuimos buenas amigas...

Las otras dos asintieron, aunque lo de «no ser buenas amigas» no dejaba de ser un notorio eufemismo. En realidad, Maxi y ella no podían ni verse. Marta no le perdonaba que hubiera sido novia de su hermano mayor durante años para luego dejarlo sin contemplaciones en cuanto conoció a uno de Teruel que era mejor partido y se casó con él. Para la melliza más alta, esa había sido la causa de la muerte de Tadeo, su hermano. El que Tadeo hubiera muerto quince años más tarde al recibir una coz en pleno rostro mientras herraba a una de sus queridas mulas, al parecer no contaba. Cuando Maxi, ya viuda, regresó al pueblo en compañía de una adolescente bastante guapa, el rencor ya formaba una gruesa costra en el corazón de Marta, que los aires de grandeza de las recién llegadas no hicieron nada para ablandar.

Hada, en cambio, no guardaba malos recuerdos de la dueña de la casa más imponente del pueblo. De hecho, aún recordaba con nostalgia la cálida tarde de verano en la que Miguel, su amigo de la infancia y compañero de correrías, la había desafiado a saltar el muro y robar unas cerezas del cerezo que había justo a la entrada del porche. Los desafíos entre ambos iban y venían con la misma facilidad que la pelota de tenis pinchada que algún veraneante había tirado al borde de un camino.

—¿A que no te atreves, niñata?

Para Hada, esa simple frase era como agitar un pañuelo rojo delante de un toro de lidia. Los dos habían nacido el mismo mes, aunque Miguel unos días antes, y sabía de sobra que ella odiaba que la tratara como a una niña pequeña.

—¿Que no?

Desde que su hija se había casado con un músico y se había ido a vivir a Norteamérica hacía más de diecisiete años, Maxi se había hecho fuerte en la vieja mansión señorial y apenas salía de la casa salvo para ir a misa los domingos. Su única compañía conocida era la colección de gatos de distinto pelaje que no dejaba de aumentar. Una de las mujeres del pueblo iba un par de veces en semana a limpiar y contaba que, en cuanto ella llegaba, la otra se encerraba en su dormitorio y le daba instrucciones a través de la puerta. Las comadres del lugar —que no soportaban que la altiva Maximina no se dignara a mezclarse con ellas en el lavadero o a la salida de la iglesia— murmuraban que la niña se había fugado con el mencionado músico, que era un hombre casado, y que el escándalo la había hecho perder la cabeza hasta el punto de que pasaba las noches en vela, recorriendo la casa con un candil en la mano mientras gritaba, rabiosa, el nombre de la hija.

Haciendo un esfuerzo, Hada apartó de su mente la imagen de una mujer vestida de negro de la cabeza a los pies, que recorría la lóbrega mansión a la vacilante luz de una llama mientras el eco del nombre de su hija resonaba en las habitaciones vacías.

—Ayúdame —dijo resuelta.

Miguel le lanzó una sonrisa maliciosa y, obediente, entrelazó los dedos de las manos para auparla a lo alto del muro. Hada apoyó en ellos el pie descalzo para darse impulso y con agilidad se dejó caer al otro lado de la tapia. Por suerte, la hierba crecida amortiguó el impacto. Hada se incorporó y miró a su alrededor, deslumbrada. El pequeño jardín estaba abarrotado de arbustos en flor que crecían

con una exuberancia que ni siquiera había visto en el pequeño herbario que la vieja Orosia cultivaba detrás de su casa, donde crecían muchas de las plantas que utilizaba para hacer sus pócimas.

—¿Vas a quedarte ahí a vivir?

Aquel susurro impaciente la hizo levantar los ojos hasta el rostro pecoso de su amigo, que la espiaba sentado a horcajadas sobre el muro.

—Ahora mismo traigo las cerezas y, si te portas bien —añadió con gesto condescendiente—, igual te doy alguna.

Hada se abrió paso con cautela por entre aquella jungla de arbustos floridos y se escondió detrás de la frondosa adelfa que quedaba más cerca de su objetivo. Salvo el zumbido de las abejas y el canto de las chicharras, no se oía nada. En ese momento, algo suave se restregó contra su pierna desnuda y estuvo a punto de lanzar un grito de pánico.

—¡Me has dado un susto de muerte! —Hada se encaró con el gato atigrado con un susurro furioso, pero el animal se restregó una vez más contra su pantorrilla antes de alejarse con aire indiferente.

Esperó a que los latidos de su corazón recobraran un ritmo más normal antes de asomarse con precaución para decidir sus próximos movimientos. Las ramas del cerezo se combaban bajo el peso de los abundantes frutos y la visión de las carnosas cerezas, de un rojo brillante, la hizo salivar. Echó un rápido vistazo en dirección a la casa antes de acercarse al árbol sin hacer ruido.

—Tenía que haber traído una bolsa —se lamentó en voz baja.

Pero Hada era una niña llena de recursos, así que dobló hacia arriba el extremo de la camiseta y empezó a llenar el hueco con las cerezas que quedaban a su alcance.

Estaba tan concentrada imaginando cómo iba a hacer suplicar a su amigo para que le diera parte de semejante botín, que no notó la presencia de otra persona hasta que